

Desde Mendoza, Argentina: Carta para mis amigos

Febrero 1974

María De La Fuente¹

Nuestros amigos se preguntarán qué es lo que ha pasado con nosotros. Yo he venido a este vecino país, para poder contarles lo que ha pasado con nosotros y lo que ha pasado a través de nosotros. Después de tener una experiencia como la vivida, ya nada es lo mismo, el pasado no cuenta, el futuro se borra, es sólo el día que tenemos por delante. Vivimos estrictamente el presente, el incierto presente.

Los lazos familiares se fortifican o se aflojan, dependiendo de las ideas. El trabajo pierde su sentido de servicio. Las estaciones ya no importan, nos damos cuenta de que es primavera y nos preguntamos cómo es que la naturaleza sigue cumpliendo sus ciclos, la alegría de los niños, la aparente normalidad de algunos barrios, nos parece que transcurren para otros. Sin embargo, hay algo que se mantiene, se valora y se cuida ahora más que nunca y eso es la Amistad.

Adivinamos en las cartas de ustedes, la preocupación, sentimos el afecto, la solidaridad como algo tangible, muy nuestro y, es por eso, por esa amistad, que les escribo ahora y desde aquí, ya que de otro modo no sería posible.

Hasta el 11 de septiembre de 1973 vivíamos en nuestra Copia Feliz del Edén disfrutando el camino chileno al socialismo “con sabor a vino tinto y empanadas”: las marchas, las concentraciones, el nuevo folklore, la conciencia colectiva que poco a poco iba creciendo, en que el día se hacía corto para trabajar, enseñar, estudiar, escuchar, aprender y organizar, colaborar en esta nuestra vía al socialismo con sus virtudes y sus defectos. Era nuestra lucha, aquella en la que creíamos y por la que vivíamos.

Sin embargo, no era fácil, en los días precedentes al 11 de septiembre había un ambiente de tensión alarmante. Por una parte, atentados terroristas, con muchas víctimas, en torres de alta tensión, en gaseoductos, en locales de partidos políticos y por otra, allanamientos de las Fuerzas Armadas, en uso de la ley de Control de Armas, que sólo las buscaba en los centros obreros, políticos o sindicales y una nube de rumores que nos rodeaba: que habría un golpe militar, una guerra civil, que sería este fin de semana, esta noche o mañana. De tanto escuchar el anuncio, ya nadie lo creía, especialmente después del “tanquetazo”, intento fracasado de asalto a la Moneda del 29 de junio.

Pero llegó el 11 de Septiembre y llegó como un día más, a muchos nos estaba esperando la noticia en los lugares de trabajo, otros lo escucharon por radio, algunos, muy pocos, lo sabían desde la noche anterior:

¡Golpe de Estado: La Moneda está sitiada...!

A la incredulidad siguió la angustia, hubo un recogimiento en la espera ¿Sería como el 29 de junio? Pero no, pronto perdimos las esperanzas, la realidad se nos hizo presente con crudeza, los minutos corrían largos; cada uno significó algo en esos instantes. Las radios populares daban comunicados. Hablaron los compañeros de la CUT: “Hay que quedarse a defender los lugares de trabajo”

Habló el Presidente dos veces, esa mañana desde la Moneda, la segunda fue la última de su vida y así lo dijo:

“Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

¹ Correspondencia a: kamusovi25@gmail.com

Estas son mis últimas palabras, tengo la certeza que el sacrificio no será en vano.

¡Viva Chile, viva el Pueblo, vivan los Trabajadores!”.

En la mañana silenciaron una a una a nuestras emisoras radiales. Se escucharon solo cadenas bajo control militar y luego ya no fue necesario que nadie nos dijera lo que estaba pasando. Bastó mirar el cielo, los aviones con una perfección técnica maldita (de lo cual están muy ufanos) bombardearon una y muchas veces la Moneda y eso era verdad, ese rugir de motores eran aviones de la Fuerza Aérea chilena, piloteados por aviadores chilenos, que bombardeaban la casa presidencial. Al final solo columnas de humo y abajo cenizas y escombros...

Luego, durante la jornada, por varios días, descargas de ametralladoras, balas, helicópteros y aviones sobre la ciudad. Sobre una ciudad que empezó a adquirir un rostro desconocido, repleta de militares dando órdenes, dueños de todo, de la vida y la muerte.

En unas horas no valíamos nada. ¡Qué difícil es conservar la lucidez en momentos como éstos!

¿A quién clamar? ¿Dónde había estado escondido tanto odio que de pronto apareció así ante nuestro asombro?

Ese primer día fue largo, estuve dispuesta a quedarme en resguardo del local, sin saber muy bien para qué, tal vez para aferrarme a la idea de que cumplía con mi deber, pero los compañeros dispusieron las cosas de otro modo y las mujeres nos fuimos a nuestras casas.

El toque de queda se iniciaba a las 15.00 horas. Camino a casa, vivo en el llamado Barrio Alto. Presencí escenas increíbles, había olvidado que existen otros chilenos. Gente que se abrazaba en las calles, que embanderaba sus casas, que aplaudía la presencia de los soldados y algunos extraños seres, que nunca conocí, que me saludaban con rostros radiantes.

Llegué a casa, donde me esperaba, afortunadamente, mi hermana y sus niños. Allí pasamos el encierro obligatorio de 48 horas. Edmundo, mi marido, se quedaría toda la noche y los días que fuera necesario de guardia en el hospital.

La televisión empezó a intoxicarnos ese mismo día con las odiosas imágenes que íbamos a tener que aprender a soportar desde entonces y... ¿hasta cuándo? Aprendemos los nombres de ellos, de esos oscuros seres que sin ningún derecho aparecían allí hablando en nombre de la Patria, la Paz y la Justicia, seres a quienes les brotaba el odio por

todos los poros, que hablaban de extirpar el “cáncer marxista hasta sus últimas consecuencias”, de proteger a los trabajadores, siempre que no sean marxistas...

Ya tarde, en la noche, por personas que habían escuchado radios de países vecinos, supimos que Allende había muerto en la Moneda, recién entonces comprendimos que todo estaba perdido, de nada serviría la heroica resistencia que hacían francotiradores en el centro, obreros en sus fábricas o en las poblaciones, solo acumular más muerte y sufrimiento.

No había nada que hacer, sino esperar... ¿qué? Sin posibilidades de establecer contactos de ningún tipo, obligados a escuchar por radio o televisión sólo comunicados oficiales, prácticamente sin teléfonos, vivimos unos extraños días enquistados en este Barrio Alto.

Estábamos en medio de vecinos felices, que colocaban banderas, se daban la “buena nueva” de la muerte de Allende, salían a pasear sonrientes llevando de la mano a sus preciosos y limpios niños. La juventud con su descuidada vestimenta pulcramente desteñida, gozaba de la tibieza del sol. Vecinos, ventilaban a sus perros y comentaban entre ellas lo felices que eran ahora que tenían “libertad” y se habían salvado de la muerte segura que les tenía preparada la “rotada” que iba a bajar de las poblaciones... y los que pocos días antes hacían sonar las ollas vacías (que nunca lo estuvieron para ellos) ahora se encontraban toda la razón unos a otros: “Si, lo mejor es un régimen militar, habrá disciplina, se acabará el desorden, las huelgas, los políticos...”

Y sabía usted que yo estaba en la Lista de exterminación del Plan Z... ¿Se da cuenta?... Si nos querían matar a todos”.

Las únicas caras tristes que vi en mi barrio fueron las del jardinero y el suplementero de la esquina.

El viernes llegó Edmundo, había pasado tres días y tres noches en el hospital trabajando duro, disputándole los heridos a las balas, balas de guerra que causan destrozos enormes. Había heridos civiles y militares, hombres, mujeres y niños, algunos baleados en sus propias casas.

Ese hospital está enclavado en uno de los barrios más populosos de la capital, donde habitan y trabajan muchos obreros y allí sí que se vivieron horas de espanto, defendiendo las fábricas, los talleres, las escuelas, las poblaciones. Murieron muchos. No hubo señoras paseando perros, ni juventud despreocupada, allí se luchó duro y se murió por la causa justa y perdida de los trabajadores.

El tiempo que parecía detenido en el calendario avanzó lento y nos fue mostrando la nueva cara de un país, que empezó a parecerse tan ajeno. Uno a uno fueron cayendo nuestros mitos:

“Chile, un pueblo constitucionalista y legalista por sobre todas las cosas”

- Pero fue posible que de la noche a la mañana no tuviéramos Constitución y que no se respetaran una sola de sus leyes, ni los Derechos Humanos.

“El chileno, hombre pacífico y bondadoso”

- Se cometen los más brutales crímenes y masacres, no falta alguien que lo justificara diciendo que teníamos tradición de violencia desde antes de la conquista...

“Chile altamente politizado”

- Se barre con los partidos políticos, se cancelan las inscripciones electorales.

“Chile amante de la Libertad”

- Se suprimen las libertades de prensa, de palabra, de opinión, de reunión.

“Chile con avanzada Legislación Social”

- Se modifica el Código del Trabajo. Se suprimen los Sindicatos y la CUT.

“Chile, orgulloso de sus Universidades, cuya autonomía nunca fue violada...”

- Rectores Militares. Control policial vigilancia y allanamientos sistemáticos en todas ellas. Masacre en la Universidad Técnica. Rectores, Directores, exonerados, expulsados del país, profesores y alumnos presos, torturados, desaparecidos.

“Chile orgulloso de sus valores culturales”

- Saqueada la casa de Pablo Neruda, en Bellavista. Precipitada su muerte, allanada la de Isla Negra,

- Allanada la casa del profesor Alejandro Lipschutz “el hombre más importante de mi país” como dijo Neruda.

- Expulsado de su hospital y de su cargo el neurorujano Dr. A. Asenjo.

- Encarcelados perseguidos, deportados: profesores universitarios, periodistas, artistas, actores, escritores etc.

“Chile orgulloso de la alta calidad y preparación técnica de sus médicos”

- Contra ellos la persecución más feroz:

fusilados, no menos de 14, encarcelados, deportados, exonerados de sus cargos, a lo menos el veinte por ciento del total de los médicos del país.

“Chile amante de su folklore y sus tradiciones”

- Torturado salvajemente y muerto Víctor Jara. Prohibida su música y la de cualquier conjunto o cantante de avanzada.

“Chile con sus Fuerzas Armadas no deliberantes...”

- ¡¡.....!!

Y, ¿a qué seguir?

Ante este cambio tan asombroso, ante este derrumbe de los valores que por años conocimos, aprendimos a respetar, a querer, haciéndolos consistentes con nuestras vidas, cabe preguntarse:

- ¿Qué sucia mano extranjera se introdujo en Chile, que fue posible este derrumbe? ¿De qué poderoso país llegó el dinero a defender al dinero, que no tiene nacionalidad, que se le defiende ahí donde está en peligro?

Así fue en Santo Domingo, en Brasil, en Vietnam y ahora en Chile. No, no era posible, ya estaban ocurriendo muchos cambios, iba en serio el compromiso revolucionario, se cumplían etapas, había que atajarlo y en proporción a lo hecho fue la reacción: violenta sanguinaria, inútilmente cruel, para que sirviera de ejemplo a quienes intentasen avanzar por otro camino que no fuera el trazado desde arriba por el amo.

Los alumnos de las Fuerzas Armadas y policiales, bien entrenados en academias foráneas han sabido aprovechar sus conocimientos y han podido, por fin, aplicarlos: operativos de allanamiento que se cumplen a la perfección: un barrio entero, Las Torres de San Borja se allanan sistemáticamente, a las 4 de la madrugada son despertados sus moradores con potentes altavoces que anuncian esta operación que ha de durar hasta las 4 de la madrugada del día siguiente, se incluyen terrazas, sótanos, alcantarillas y túneles. Hay que limpiar de “terroristas” ya que pocos días después se traslada la Junta Militar al edificio de la UNCTAD, actualmente edificio Portales situado en el sector.

Se hacen redadas en barrios obreros como Quinta Bella, (que pasa a llamarse Quinta Buin por el Regimiento homónimo), una operación rastrillo con 300 detenidos, todos “delincuentes habituales”...

Interrogatorios técnicamente perfectos, empleando modernos sistemas de torturas que “dejen las menos huellas posibles” aplicación de corriente eléctrica, donde se ensayan otras mucosas además de los genitales como encías y lengua.

Nos rodea un clima tenso lleno de dudas y rumores. Conocemos el MIEDO, así con mayúsculas y el terror que paraliza.

En todas partes se habla de allanamientos, con detalles de robos, destrucciones, detenciones arbitrarias. Pensamos que pueden llegar hoy, ahora, o en la noche, cualquier ruido no habitual, nos lleva hacia la ventana. Respiramos aliviados en la mañana, cuando se levanta el toque de queda. El poder salir, mezclarse con la gente, ser uno más, un desconocido en la multitud nos da fuerzas, para volver en la tarde 6.00 PM a nuestras casas. Allí empezamos de nuevo a esperar angustiosamente, vendrán ahora, o más tarde, es difícil que lo hagan después de medianoche, nos decimos para tranquilizarnos y el sueño nos vence en esa inútil espera, ese inútil terror, ese miedo inútil, que nos anula. A veces no volvemos a nuestras casas; acostumbramos a llevar con nosotros el cepillo de dientes y una “muda”, por si nos quedamos a dormir afuera.

Hay que quemar todo lo que pueda tener relación con el marxismo, hay rumores, tomaron preso a fulano por tal disco o libro o revista, nadie se arriesga. Pasamos días y días quemando papeles, incluso libros, hasta diccionarios rusos, por ejemplo, recuerdos de viajes, fotografías, diapositivas, recortes de diario, afiches, etc. Así se quemaron cosas irremplazables, Somos muchos los que lamentamos ahora haber destruido tantas cosas. El terror da sus frutos, éste es uno de ellos...

Volvemos a trabajar, es la orden del día: bando N° tanto: “Todos los funcionarios públicos deben presentarse en sus lugares de trabajo, el día 17 de septiembre. El que no lo haga quedará automáticamente destituido.”

En la Universidad hay reorganización, aparecen caras nuevas en puestos claves. Nuevos comunicados nos informan de lo que está prohibido: la actividad política, las reuniones, la propaganda mural. Se hacen brigadas obligatorias para limpiar los muros y sacar todo tipo de propaganda dentro y fuera de la Facultad de Medicina.

Al tercer día de trabajo, el 19 de septiembre, (las Fiestas Patrias más tristes de la historia)

allanamiento en la Facultad y sus dependencias aún sin terminar. De vuelta del Consultorio, me encuentro con que no puedo entrar, no insisto por supuesto y me voy directo a casa. Al día siguiente las oficinas revueltas, la mía muy poco, a decir verdad.

Aparece una circular increíble recomienda a los académicos y personal en general que no guarden propaganda en sus oficinas ni literatura o publicaciones que han sido declaradas enemigas del régimen actual. Se sugiere llevar el material al patio central del Zócalo, donde se procederá a quemar los libros y papeles desde las 10 A.M. Se declara prohibido poseer publicaciones de tendencia marxista en la Universidad y el que las conserve deberá atenerse a las consecuencias...

Puede ser que los términos exactos del comunicado no sean éstos, pero la intención estaba clara. Este fue un momento muy duro. Vi llegar a profesores universitarios, alumnos, empleados con sus libros, folletos, apuntes de todo tipo y lanzarlos a la pira, que pronto fue una hoguera, vi quemarse libros del historiador Hernán Ramírez, de Marta Harnecker, ejemplares del Capital, libros de Lenin, las obras de Mao, también gran número de folletos de primeros auxilios, libros sobre Jardines Infantiles en países socialistas.

Un profesor angustiado se preguntaba: Pero cómo voy a quemar este libro, si lo tengo de consulta, está todo subrayado por mí... Una colega exclamó: ¿Pero cómo?, ¿tengo que quemar mi Tesis?... (versaba sobre Salud y participación de la Comunidad...)

Fue una triste jornada, nos sentimos humillados en lo más profundo de nuestra condición universitaria. ¿Qué podíamos hacer frente a este atropello? Les aseguro que nunca me sentí más sola que en ese momento. Me dije esta es la barbarie y recordé a mi padre explicándome el significado de esa palabra a propósito de la quema de libros en Alemania.

Cada día una noticia, fusilados, presos, exonerados y empezaron a caer nuestros amigos más cercanos, en cada familia algo que lamentar.

El 21 de septiembre cayó Edmundo en un operativo realizado en su hospital, junto con 60 trabajadores. Horas con las manos en alto, sin comer ni tomar agua, trasladados al Estadio Nacional a medianoche, 20 días detenido con frío, con hambre (600 calorías diarias) viviendo en la incertidumbre de no saber lo que vendría, ¿Cuántas veces pensó que de allí no saldría vivo? Algunos días pudo trabajar como médico. Fue necesario ya que no daban abasto con el personal de campaña: curar

heridas, hematomas quemaduras y especialmente escuchar, alentar, sostener a quienes bordeaban la desesperación. Hubo suicidios en el estadio.

Durante todo el tiempo el fantasma del interrogatorio, la espera diaria, ¿De qué se me acusará? ¿De qué delito? ¿Cómo interrogan? – Encapuchados, decían, y... ¿Torturan? Sí, torturaban, ya lo habían constatado y después ¿Qué? ¿Cárcel? ¿Deportación?

¿Fusilamientos? ¿Libertad?... todo podía ser...

Finalmente, el interrogatorio. Lo llevan cubierto, espera 8 horas, 8 horas de agonía, para por fin saber que se le acusa de vagos contactos con médicos del exterior y otras vaguedades en las cuales no debe reincidir. Se le allana el domicilio y se le promete la libertad en unos días.

Los que estábamos fuera del estadio sufríamos grandes incertidumbres, no se podía hacer nada, no valían los parientes militares, las recomendaciones ni los abogados. A lo más, obteníamos consejos o buenos deseos, que escondían una amenaza: “Ojalá que no esté metido en algún complot” y esos tales complot, de los cuales no habíamos oído hablar nunca, adquirían proporciones enormes.

Solo nos quedaba, por intermedio de la Cruz Roja, hacerles llegar algunas cosas. Teníamos que permanecer en largas “colas” frente a la letra correspondiente al apellido del preso, todo muy organizado, nos encontrábamos con amigos, compañeros de trabajo, alumnos: ¿A quién vienes a ver? A mi padre... a mi hijo... a un amigo... y ¿Desde cuándo...? y ¿Por qué?

No dejaban ver a nadie, sólo se podía enviar algunas cosas, que a veces les llegaban.

Después de 20 días lo dejaron en libertad, pero ya no es el mismo: ocho kilos menos, algo en el gesto, en la actitud, en la mirada. La marca de quien ha visto de cerca la cara del fascismo.

Algunos salieron con él, pero muchos no, y fueron trasladados al Norte, pocos días después (era necesario desocupar el estadio para una competencia internacional).

A la salida, Edmundo no tenía más su antiguo puesto de Jefe de Servicio de Traumatología, pero por fortuna, al mes logró ubicarse en otro Hospital, sólo que, como principiante y bajo es tricta vigilancia.

De la noche a la mañana gran parte de la población pasó a ser un delincuente potencial. A cada paso se está expuesto a que le pidan los documentos, le registren la cartera, le allanen el vehículo o la casa.

Con el correr de los días se empieza a conocer las acusaciones, los delitos de nuevo cuño, los he visto en documentos de la Universidad de Chile.

- Por la firmeza de sus convicciones.
- Por ser el principal organizador del Plan Z en su repartición y tener confeccionadas listas de exterminio...
- Por portar armas.
- Por ser hermano, hijo o padre de tal o cual peligroso sujeto y profesar por lo tanto, sus mismas ideas.
- Por tener condiciones de líder.
- Por ser sectario y perseguir a sus compañeros de trabajo...
- Por pertenecer a un grupo de vigilancia y suponerse que portaba armas, ya que de otro modo no se explica cómo iba a defender o vigilar tal o cual recinto...

Acusaciones como éstas son las que sirven para:

Fusilar, encarcelar, cancelar matriculas, dar por terminados contratos, solicitar renunciaciones o destituir o exonerar.

¡...Y pensar que por ahí hay unos Derechos Humanos...!

En cuanto a mí como funcionaria, no he tenido tropiezos. Raro, pero así es. Perteneczo a un grupo de trabajo en que no soy el jefe ni el último, no tengo enemigos. No tengo condiciones de líder y hablo poco. De todos modos, yo, delincuente se estudia mi caso. Se colocan los pecados sobre la mesa, mi jefe inmediato, toma mi defensa, nadie contraataca y así soy reintegrada a mi trabajo, junto al 10% del personal que volvió. Hay gente decente al otro lado, algunos preocupados por los acontecimientos que han sobrepasado lo que ellos esperaban...

Demás está decir que en la enseñanza todo ha cambiado, los escenarios son los mismos, los actores casi los mismos, pero se ha perdido para siempre la razón de ser de una enseñanza que debía volcarse a la comunidad, que está destinada a mover al futuro médico a mirar la colectividad como un todo, apartándolo de la visión individual. El nuevo orden de cosas nos llevará a una medicina individualista, de clases en que va a importar más el status del médico, que el servicio que se deba prestar a la comunidad.

Me repito, una y mil veces:

- No hay que desanimarse, estamos muy cerca de los hechos, aún no llega el momento de luchar...
- ¡Cómo no desanimarse! cuando se ve todo destruido a nuestro alrededor cuándo crece el

número de muertos, de heridos. Cuando miles de técnicos, obreros, son despedidos en un país donde la fuerza de trabajo es un tesoro que no se puede perder.

¿Y los cientos de profesionales que han tenido que emigrar?

¿Y la juventud que se nos va a entregar su vocación, su energía creadora a otros países?

¿Y los parientes y los amigos que son exiliados y deben emigrar?

¿Con qué derecho sucede? Esto me lo preguntaba hace poco, cuando fuimos al aeropuerto a dejar a nuestros mejores amigos a Hernán

Ramírez y a su señora Matilde Aguirre que partían a Francia en un exilio forzado Me pregunté con mucha rabia e impotencia:

¿Con qué derecho nos quitan a nuestros amigos?

Así es, amigos nuestros, nos estamos quedando muy solos...

Hasta pronto,

María De La Fuente